

La salud es un derecho fundamental del ser humano, sin distinción de raza, credo, ideas políticas, condición social o económica. De modo que el disfrute pleno del derecho a la salud es crítico para el disfrute de otros derechos humanos. Así, la buena salud es un fin en si mismo y juega un papel integral en las capacidades humanas y el bienestar.

En cualquier país, una mala salud es por lo general consecuencia de la pobreza. La mala salud limita la productividad y la asistencia a la escuela, lo cual a su vez evita que mucha gente escape de la pobreza. Se calcula que cada año 100 millones de personas viven en la pobreza, porque los costos de la atención médica básica superan su capacidad económica lo que causa que enfermedades preexistentes se agraven.

Se sabe, desde hace mucho, que la pobreza y la salud están vinculadas, siendo evidente que los pobres tienen más problemas de salud. Al eliminar las condiciones sanitarias insalubres que afectan a los sectores pobres, la productividad de estos mejoraría. En la medida en que aumenta el ingreso, la esperanza de vida también aumentaría y las tasas de mortalidad infantil se reducirán. Se ha comprobado que no es solo el ingreso absoluto lo que importa, sino también su distribución en la sociedad, factor que tiene un profundo impacto sobre los indicadores de salud. Al observar estos vínculos entre la pobreza y las malas condiciones de la salud, se puede ver que la pobreza está en la raíz del problema y que es multidimensional, ya que al mismo tiempo, una salud pobre podría llevar a la pobreza tanto a nivel nacional como a nivel familiar. Por el contrario, una buena salud añadiría millones de balboas al Producto Interno Bruto.

Una buena salud no solo promueve el desarrollo humano, también permite a la gente asistir al trabajo regularmente, ser productivo y trabajar por más años, acumulando experiencia valiosa. Un individuo también contribuye a la buena salud de aquellos que le rodean ya que no transmite enfermedades y tiene la capacidad física y mental para cuidar de otros. La buena salud también altera el crecimiento de la población en maneras que promueven el desarrollo. El mejoramiento en los niveles de salud de la población tiene un gran efecto en los más vulnerables, los niños en particular. Los avances en la medicina y el aumento en los niveles de nutrición elevan la probabilidad de que un niño sobreviva hasta la edad adulta, disminuyendo la necesidad de que sus padres tengan más hijos. Las altas tasas de natalidad aún prevalecientes en gran parte de los países en vías de desarrollo tienden a declinar cuando baja la mortalidad infantil y en Panamá se observa este fenómeno.

Se puede decir que la salud reflejada en las tasas de mortalidad de adultos e infantes afecta el desempeño económico a través de la inversión en capital humano, la acumulación física de capital, el crecimiento de la población, la productividad y la participación de la fuerza femenina de trabajo. Para Panamá, el reto principal es alcanzar niveles de salubridad cercanos a los países desarrollados ya que el mejoramiento de las condiciones de salud en el país tendrá un efecto sustancial en la economía, pues las políticas de salud pública y el ambiente institucional juegan un papel clave para el desarrollo económico.